

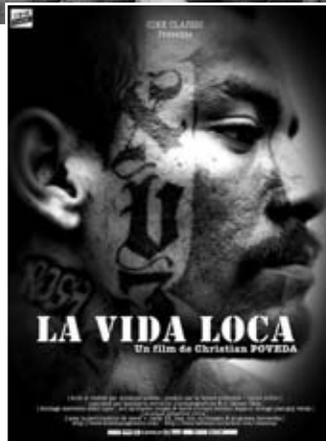
## RÉQUIEM PARA UN NÓMADA

Guadi Calvo

**Cuando** la poetisa chilena Gabriela Mistral supo del suicidio de su amigo el novelista vienés Stefan Zweig, en Petropolis, Brasil, convencido de la victoria de la Alemania nazi, dijo: “murió de Guerra”. Lo mismo podríamos señalar sobre el asesinato del fotógrafo y documentalista franco español Christian Poveda, quien murió de guerra, una guerra silenciosa y solapada que se desarrolla en El Salvador desde hace más de siete años y que se incrementa día a día.

Una guerra social, de pobres contra pobres, excluidos contra excluidos, marginados contra marginados. Una guerra protagonizada particularmente por la Mara 18 y su archirrival la Salvatrucha. Una guerra que en el 2009 provocó casi cuatro mil muertos, sin necesidad de tanques, ni misiles, sin más estrategia que la emboscada. El Salvador se ha convertido en el país más peligroso de Latinoamérica y uno de los más peligrosos del mundo. La tasa de homicidios alcanza 60 personas por cada 100,000 habitantes, es decir, casi doce asesinatos al día, cifras que sólo se conciben en situaciones de guerra, por eso los cuatro disparos que recibió Christian Poveda la tarde del dos de septiembre pasado fue una acción de guerra y quizás su último combate de los muchísimos en los que participó en sus más de treinta años como corresponsal de guerra.

Las Maras son bandas juveniles multitudinarias que se conforman a partir del 2001, cuando comienzan a llegar centenares de jóvenes salvadoreños expulsados de Estados Unidos y se vinculan con los miles de jóvenes y niños abandonados que pululaban por las colonias pobres de El Salvador. Christian Poveda llegó al país por primera vez en 1980, para cubrir la guerra civil que estaba a punto de iniciarse, entre un ejército corrupto y



*La guerra es como una actriz que se está volviendo mayor.  
Es cada vez menos fotogénica y cada vez más peligrosa.*  
Robert Capa

torturador y la insurgencia marxista del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), hoy en el gobierno democráticamente elegido. Aquella guerra civil se prolongó por doce años, dejando setenta y cinco mil muertos en la década del 80, cuando la población de El Salvador rondaba los cuatro millones y medio de habitantes, lo que significa que casi el 2% de la población perdió la vida a lo largo del conflicto. La guerra civil también dejó miles de desaparecidos, más de medio millón de exiliados, pérdidas por 1,579 millones de dólares, miles de armas sin dueño diseminadas, una herida que sigue sangrando en el inconsciente colectivo.

Poveda llegó como fotógrafo *freelance* a un El Salvador convulsionado, al borde de la inmolación con una activísima guerrilla urbana y grupos paramilitares actuando a cara descubierta. No tardó en ser contratado por la publicación estadounidense *Time Magazine*. En esa primera estadía tuvo oportunidad de tratar a Monseñor Oscar Arnulfo Romero, arzobispo metropolitano, quien sería asesinado semanas después que Poveda saliera del país por primera vez, el

24 de marzo de 1980, día que se reconoce como el del inicio de la guerra civil. En octubre de ese año la guerrilla deja de ser sólo urbana y se fortalece en las áreas rurales. Poveda se filtraría clandestinamente desde Honduras en 1981, acompañando a las columnas de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) de Salvador

Cayetano Carpio, una de las organizaciones que conformaban el FMLN, durante la primera ofensiva iniciada el 10 de enero de 1981. Nuestro personaje cubrió los enfrentamientos de Chalatenango y marchó con las columnas guerrilleras durante cuarenta y cinco días, siendo testigo privilegiado de infinidad de acciones. También le tocó acompañar a la Fuerza Aérea, con el acuerdo del ténico coronel Domingo Monterrosa, organizador de la matanza del El Mozote en Morazán, donde unidades a su mando exterminaron a todo el caserío, más de doscientos hombres, mujeres y niños, para luego continuar con las poblaciones vecinas —La Ranchería, Jocote Amarillo, Los Toriles, el cantón Cerro Pando y La Joya—, elevando el número de campesinos asesinados a más de mil.



Para Christian Poveda esa guerra no había sido la primera. El primer trabajo que lo cataloga como corresponsal de guerra fue su ya mítico reportaje sobre la lucha del Frente Polisario en el Sahara Occidental, contra la invasión de los ejércitos de Marruecos y Mauritania. Poveda había nacido en Argelia en 1955, durante la ocupación francesa, hijo de republicanos españoles exiliados de la tiranía franquista, y vivió en ese país hasta que en 1961 los independentistas expulsaron a los colonos franceses. La familia se afincó en Saint-Denis, una barriada obrera en la periferia de París. Christian creció junto a niños de su misma condición, emigrantes pobres, experiencia que quizás haya sido determinante para los trabajos que realizaría en El Salvador a partir del 2004, cuando regresa como fotógrafo de *Paris-Match*. Siendo muy joven, militando en organizaciones de izquierda contra la guerra de Vietnam y de la mano del fotógrafo y documentalista Yves Billon, ingresó al mundo de la cámara, accediendo a los trabajos de los grandes popes de la fotografía de guerra de Vietnam, Larry Burrows y Don McCullin, lo que consolidó su vocación. Christian cubrió la guerra del Líbano, así como la guerra entre Irak e Irán. Le tocó cubrir asimismo el retorno de la democracia en Argentina; la caída de



Ferdinand Marcos en Filipinas; los comandos de la muerte en Guatemala; la contra en Nicaragua; la invasión norteamericana en la isla de Grenada; el décimo aniversario del golpe militar en Chile; la lucha de Sendero Luminoso en Perú. Hizo trabajos en Bolivia, en el Sahara Occidental, Sierra Leona, Camboya y reportajes sobre el SIDA en Francia y la ascensión de la derecha en Europa, los toros en España y la lucha libre en Bulgaria.

De todas esas campañas, además de miles de fotografías, queda una docena de documentales para televisión, como *Les guerriers de l'ombre* (Los guerreros de la sombra), *On ne tue pas que le temps* (No se mata sólo el tiempo) y *Voyage au fond de la droite* (Viaje hacia el fondo de la derecha). Christian Poveda fue reportero de Sipa Press (1982-1987) y Keystone (1987-



1988). Sus fotos eran distribuidas por la Agencia Vu y la agencia Corbis, la más importante en el mundo. En julio de 2004 vuelve a El Salvador, por encargo de *Paris Match*, para retratar a integrantes de la Mara 18 presos.



Christian llevaba a El Salvador un proyecto bien claro: realizar sólo retratos de pandilleros. El resultado de aquella indagación comenzó por exponerlo en los diferentes penales de El Salvador. Por cada retrato había realizado una entrevista completa a cada uno de

sus modelos, donde los mareros contaron acerca de sus familias y la vida dentro de la pandilla. Con ese material volvió a París, donde montó una gran muestra que tuvo una importante repercusión; luego la presentó en la bial de Cantón en China y en enero de 2005 en el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México.

Aquella experiencia con los mareros detenidos le abrió un universo de posibilidades y le permitió comprender que



detrás de aquellos jóvenes había mucho más que una historia violenta. Así surgió la idea de rodar *La Vida Loca*, que finalizó en 2008. Con este film, Poveda se sumergió en lo más profundo de la Mara 18, filmando o sólo compartiendo con ellos, ganando su confianza, en lo cual su experiencia juvenil en la barriada de Saint-Denis fue fundamental. Christian fue introduciéndose poco a poco en la vida cotidiana de un grupo de pandilleros que viven en el barrio La Campanera del municipio de Soyapango, en el este de San Salvador, llegando solo y desarmado a un ámbito donde la policía sólo ingresa en caravanas de vehículos y agentes bien armados. Durante el rodaje, Christian fue testigo de siete homicidios, tres de ellos del grupo con los que estaba trabajando. *La Vida Loca* es también un documento acerca de los métodos implementados por la policía contra estos grupos. En él se muestra la cara humana y solidaria de la Mara y se pregunta por qué razón un niño de 12 o 13 años se une a la banda y es capaz de entregar su vida por ella. Poveda pudo constatar que un promedio de 75 por ciento de los pandilleros son niños abandonados, hijos de madres solteras o dejados a cargo de una abuela cuando sus padres emigraron a Estados Unidos por razones económicas. Participó con ellos en sus salvajes ritos de iniciación, consumo de crack, tatuajes, fiestas y funerales. Estas imágenes son por momentos repulsivas, difíciles de asimilar, pero ese es el mundo de la Mara. *La vida loca*, se exhibió en festivales de San Sebastián, Morelia, La Habana, San Luis, Helsinki y Gothenburg; en el Festival de Cine Latinoamericano de Rosario, Argentina; en el



encuentro Visa Pour L'Image en Perpignan y mereció una medalla de honor en el festival de Scoop y Periodismo en Angers, Francia. Actualmente se proyecta en universidades y museos de El Salvador, en la televisión española y será estrenada pronto en salas francesas.



Gracias a su experiencia en situaciones extremas, Poveda, además de conectarse con los líderes de las pandillas para realizar su film, avanzó más allá y supo que las autoridades gubernamentales —entonces el partido derechista ARENA— enfocaban equivocadamente sus planes antimaras. Tomó conciencia de que los pandilleros querían que intermediara entre las dos pandillas (MS y 18) para conseguir un alto al fuego, cosa que logró momentáneamente. Estaba en pláticas también con el gobierno del FMLN para establecer negociaciones que pusieran fin a su exclusión social. La tarde del miércoles dos de septiembre Christian Poveda volvía en su campero de una reunión con miembros de la Mara que habían protagonizado su película. Se dice que fue a hacer tomas para una segunda parte de *La Vida Loca*, que viajó para pedir que dejaran a un fotógrafo francés de *Elle* retratar a las chicas de la Mara o a aclarar algunas versiones acerca de los derechos de película. Su cuerpo fue encontrado en una carretera poco transitada entre Apopa y Tonacatepeque, unos 16 kilómetros al norte de San Salvador. Había recibido cuatro impactos de bala. Christian Poveda participó de muchas guerras y había aplicado siempre aquella sentencia de Robert Capa: “Si la foto no funciona, no estás suficientemente cerca”, por eso murió de guerra, igual que Capa, por el respeto a su profesión, por su coraje y por su ineludible desprecio a la mentira. 

**Guadi Calvo** (Buenos Aires, 1955). Escritor, fotógrafo y periodista argentino. Ha publicado el libro de cuentos *El Guerrero y el Espejo* y las novelas *Señal de Ausencia* y *La Guerra de la sed*. Como periodista, ejerce la crítica cinematográfica para diferentes medios de Argentina, Latinoamérica y Europa, especializándose en cinematografías periféricas y latinoamericanas. Trabaja también actualmente en la radio de Buenos Aires. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.